

La huella de un beso

DANIEL GLATTAUER

Traducción de Alicia Gómez Elizondo

punto de lectura



Título original: *Der Weihnachtsbund*
© Deuticke im Paul Zsolnay Verlag Wien 2004
© Traducción: Alicia Gómez Elizondo
© De esta edición:
2011, Santillana Ediciones Generales, S.L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)
Teléfono 91 744 90 60
www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2480-9
Depósito legal: B-12.341-2011
Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: © María Pérez-Aguilera
Imagen de portada: © Getty Images

Primera edición: abril 2011

Impreso por **blackprint**
A CPI COMPANY

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

1 de diciembre

«Kurt celebrará otra vez las Navidades en casa. Su dueño (yo) seguramente no. O sea, que estaría bien que alguien se lo quedara. Es manso y no da mucho trabajo. Es un buen perro.»

Tecleando en el buscador la palabra «Navidades» aparecía, entre otras cosas, este anuncio. Su dueño era Max. Kurt era un braco alemán de pelo duro de pura raza. ¿Que qué hacía? Estaba tumbado debajo de un sillón contando imaginariamente sus pelos duros de braco alemán. En realidad no era su sillón; era el sillón debajo del cual estaba siempre tumbado. Max y Kurt llevaban dos años viviendo bajo el mismo techo y Kurt debía de haber pasado más o menos un año y nueve meses tirado debajo de ese sillón. Así que se podía decir tranquilamente que era «su sillón». Si algo se había ganado Kurt, eso era, desde luego, ese sillón. Sin embargo, el sillón no se merecía a Kurt. Y es que, comparando a ambos, se podía apreciar claramente que el más vivo de los dos era, sin lugar a dudas, el sillón.

Max, aparte de su relación con Kurt, estaba solo. Era un soltero convencido. No es que lo fuera porque no le quedara más remedio; en esta vida todo tiene remedio

pero él ya tenía 34 años. Y, para dejarlo claro desde el principio: no era gay. Tampoco pasaba nada por serlo; George Michael era gay. Pero a Max le gustaban los hombres tanto como limpiar los cristales o cambiar las sábanas o poner en funcionamiento a Kurt. Max lo tenía claro: los hombres eran para salir a echarse unas birras, jugar a los dardos, quemar las Harley Davidson o añorar aquellos hermosos pechos ahora inalcanzables. Y, por supuesto, para hablar de trabajo. Pero a Max lo que más le habría gustado hacer con un grupo de hombres habría sido echar de menos unos hermosos pechos ahora inalcanzables.

A Max le gustaban las mujeres. En teoría a ellas también les gustaba él. Pero por desgracia no se entendían. Ya lo habían probado muchas veces. Es que Max tenía un problema concreto, algo poco habitual, más bien nada habitual, fuera de lo habitual. (Pero eso después.) Las mujeres tampoco lo eran todo. ¿No?

Ahora sentía la cercanía de las Navidades. Venían directas hacia él. Ya había hecho su aparición el viento del Noroeste con bancos de niebla y granizo cargado con ese intenso aroma a extracto de ponche y bizcochitos de especias con canela. La gran ciudad a cero grados: demasiado calor para congelarse, demasiado frío para derretirse. La gente aceleraba el paso por la calle. Seguro que ya andaban pensando en el papel de regalo decorado con angelitos. Eso a Max le daba miedo.

Ya he dicho que a él le gustaba su soltería. Era la forma más sincera de enfocar una relación humana: Max pasaba veinticuatro horas al día acompañado de sí mismo. En ocasiones resultaba conmovedor cómo se esforzaba por llevarse bien consigo mismo. Esa relación requería toda

su atención y lo distraía de otras cosas, sin importancia, como lo cotidiano. Pero hay que reconocer que, en Navidades y con esa atmósfera invernal, se quedaba un poco colgado. Él tenía claro que no le iba bien eso de meterse en tanta preparación para tanta fiesta y con tan poco motivo. Además, padecía una alergia a la decoración con estrellitas para la que no había tratamiento. Y sufría de un peligroso síndrome que se desataba ante la presencia de bolas de cristal. (Se mostraba en una tendencia a destrozarlas.) Recientemente había detectado también una péfida intolerancia a la hoja de abeto y una neurosis, bastante avanzada, relacionada con la cera de las velas. Si, además, sonaban villancicos, Max se sumía en una profunda depresión invernal que no empezaba a ceder hasta que llegaba Pentecostés. Por eso había decidido que este año se marchaba a las Maldivas. Lo cierto es que la idea era tan estridente que hasta le dolía. Pero estaba decidido a sufrir las Navidades a pleno sol. Quería darle un gusto a la piel; aunque ella a él no le regalaba nada. Por cierto, habían pronosticado nieve para el día siguiente. Para el domingo. Espantoso. Max odiaba los domingos.

2 de diciembre

Fuera no nevaba. Habían anunciado nieve para que la gente supiera que existía la posibilidad, para que se compraran plumíferos con capucha y aparatos quitanieves. Dentro estaba Katrin; sentada ante el ordenador, navegando. Era capaz de pasarse así horas. Una especie de compromiso entre la actividad y la inactividad. Entrar sin aportar. Soñar sin ponerse sentimental. Buscar sin andar buscando. Clavar la mirada en las palabras. Que salga el bostezo a través del teclado. Hurgarse la nariz sin necesidad de nariz. Y sin dedo. ¿Quién da más?

Katrin procedía de una familia humilde. Se podía decir que sus padres habían logrado todo lo que tenían en la vida de la manera más sencilla; incluida su hija Katrin, su tesoro. Mamá *Erni*, Ernestine Schulmeister, había pescado a papá *Rudi*, Rudolf Hofmeister, en una muestra explosiva de lo que puede suponer la intolerancia a la ingestión de alcohol en forma de cerveza en grandes cantidades. Sucedió en la fiesta de un grupo de voluntarios de los bomberos. Una vez al año ellos mismos tenían que provocar un incendio para desfogarse y tener la sensación de que extinguían algo más que la llama de la propia vida en la rutina diaria. Aunque sólo fuera eso: una vez al año. Había

demasiadas pocas casas en los pueblos de la zona y todas eran demasiado húmedas para arder.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Erni.

—Sí —respondió Rudi entre dos pruebas que lo confirmaban.

Él era un hombre llano. Después se casaron. No inmediatamente después; dos años después. Si hubieran sido un poco más innovadores, Katrin Schulmeister-Hofmeister se llamaría ahora Katrin Schulhofmeister. Entonces quizás las cosas hubieran sido de otra manera. Probablemente no.

Katrin había venido a este mundo en perfecto estado de salud hacía treinta años menos veintidós días. (O sea, que cumpliría treinta en Nochebuena.) Aquel día la ciudad estaba aislada del resto del mundo y sumida en el más absoluto caos; había unos tres centímetros de nieve. Las medidas antinieve fracasaron; es decir: no hubo ninguna. El concejal responsable tendría que haber dimitido, pero se negó.

Erni empezó con dolores de parto mientras estaba poniendo el árbol. Rudi, como les suele pasar a los que están a punto de convertirse en padres, se quedó atascado entre el tráfico. Si no hubiera habido tráfico también se habría quedado atascado porque llevaba el Ford Fiesta con neumáticos de verano. No pasa nada, Erni. Sokop, el del tercero, que era médico de familia, y Alice, la comadrona del bajo, la asistieron en un parto doméstico navideño que ellos mismos habrían tachado de tópico y exagerado si hubiera aparecido en la prensa rosa más radical; así es que no lo hicieron público. Cuando Rudi llegó a casa, prácticamente se encontró a su hija Katrin debajo del árbol

como si de un regalo de Navidad se tratara. Dicen que estaba cubierta de cintas brillantes, pero eso se lo inventaron los bisabuelos, que eran muy pretenciosos. En cualquier caso, el brazalete chapado en oro que tenía Rudi para Erni y que le había costado 1300 chelines aquella noche pasó bastante desapercibido. Y nadie probó la capa de Navidad. Así por lo menos no se atragantó ninguno con las espinas.

Como es lógico, un bebé que viene al mundo en estas circunstancias, en primer lugar, acaba siendo hijo único (ni siquiera un hermanito planificado para Pascua podría hacerle la competencia) y, en segundo lugar, será siempre un hijo deseado. Los encantadores Schulmeister-Hofmeister deseaban (bueno, en parte lo fueron deseando con el tiempo, cuando ya había pasado) que Katrin tuviera el pelo largo y negro, los ojos verdes y grandes, los dientes bonitos y muy blancos, que no armara escándalo en la guardería, que sacara sobresalientes en la escuela, que nunca fuera una púber (nada de granos, ni pósteres de Tom Cruise, ni *backstages* en conciertos de AC/DC, ni clases particulares para aprender a tocar los bongos con un jamaicano que se llamara «Jim» y que le enseñaría que lo único que importaba en la vida era la libertad). Es más: nada de besos con lengua antes de los catorce, ni discusiones sobre el uso de preservativos antes de los dieciséis, ni embarazos antes de los dieciocho. Todo lo contrario; esperaban que acabara el bachillerato —a ser posible con matrícula y a ser posible sin esforzarse— y después hiciera una carrera universitaria —a ser posible Medicina—. Y ahí Katrin empezó a ponerse testaruda y escogió Ingeniería Mecánica. Aunque aquello no iba en serio y acabó

dejando la carrera después de un trimestre de asombro y desconcierto. Se hizo ayudante técnico sanitario de Oftalmología. Sus padres se repusieron y se alegraron. Al fin y al cabo, los ojos también eran objeto de estudio de la Medicina.

Ya, prácticamente, sólo faltaba una cosa: él, el yerno, ese hombre para toda la vida, distinguido, inteligente, de buena familia, con su buen dinerito, su buen gusto y sus buenos modales; un auténtico hombre del tipo «señora-Schulmeister-Hofmeister, ¿puedo-llamarla-mamá?, nadie-hace-el-café-como-usted». Y ésa era la tragedia de los Schulmeister-Hofmeister: ese hombre no existía. Nadie lo conocía, ni sabían de él, ni aparecía por ninguna parte. Katrin estaba a punto de cumplir los treinta y... no, no se podía decir en voz alta. No se podían pronunciar esas palabras. Que no se diera cuenta, pobre tesoro. Sólo se podía hacer una excepción y escribirlo con palabras silenciosas en este libro: ¡Katrin-iba-a-cumplir-treinta-y-ni-tenía-novio! En consecuencia tampoco tenía hijos, ni familia, ni chalé adosado con jardín, ni un huertecito, ni siquiera unas plantitas de cebollino, nada.

Como decía, fuera no nevaba. Dentro estaba Katrin navegando por Internet y tecleó la palabra «Navidades» porque es lo primero que le vino a la cabeza sin que en realidad ella pusiera ninguna intención. Y ahí aparecieron las agencias de viajes con sus ofertas de última hora para escapar de las fiestas navideñas y refugiarse en las playas más lejanas; ahí se colaban las ofertas de los bazares que ofrecían guirnaldas para decorar; ahí estaba la batalla que libraban los vendedores de belenes: madera contra madera natural contra techos de paja contra pastorcitos de nácar;

ahí desfilaban con toda su grasa las ocas engordadas para la cena de Navidad implorando que las encargaran con tiempo. Y ahí... ¡Anda! ¿Y este tío qué quiere? Que le cuiden el perro. A Katrin se le ocurrió una idea.

3 de diciembre

A Max le gustaban los lunes. Empezaban nada más comenzar la mañana. Iban directos al grano. Retaban. Le daban la sensación de que estaba metido en algo. Ni un lunes sin Max. Los domingos parecían poder prescindir de él. Pero los lunes lo esperaban ilusionados. Y el sentimiento era recíproco.

Max anduvo fuera gran parte del día por negocios y estaba animado. Aquel día incluso habría salido el sol de no ser por una espesa niebla que se quedó enganchada ahí en medio y que, según el pronóstico, «se iría disipando a intervalos»; lo cual significaba que desaparecería hacia la medianoche. En el trabajo Max se movía entre tres despachos que, ni eran suyos, ni lo esperaban; pero lo toleraban porque tenía que desempeñar su actividad laboral allí para ganar dinero y eso, de alguna manera, los despachos lo entendían. Max era periodista en un sentido bastante amplio de la palabra. Para *Rättselinsel*, la isla de los pasatiempos, revista que aparecía semanalmente, producía «El rincón de Max», un crucigrama cuya cuota de abandono entre los lectores, después de haber adivinado tan sólo tres palabras, andaba alrededor de un 90%. Su especialidad eran las abreviaturas inventadas.

(Por ejemplo: que toca el xilófono; de seis letras. Solución: xlfnst.)

Desgraciadamente le pagaban muy mal (la cantidad prácticamente rayaba en cero). Por eso Max acudía al despacho número dos, perteneciente a un periódico que se publicaba en un distrito vienés, donde diseñaba la cartelera de cines y teatros. Evidentemente su creatividad quedaba bastante limitada, pues Max no podía determinar la programación, ni asignarle el horario, ni repartirla por escenarios y pantallas como más le gustara. Más bien la escribía siguiendo una serie de preceptos muy claros. Pero lo hacía muy concienzudamente. Y parecía que no había nadie dispuesto a disputarle ese encargo por los honorarios que cobraba.

Su tercer campo de trabajo era determinante y afectaba a Kurt, su braco alemán de pelo duro de pura raza. Al menos en teoría. Porque en la práctica a Kurt no le afectaba nada. Kurt era inmune a cualquier tipo de afeción procedente del mundo exterior. El despacho número tres pertenecía a *Vivir a cuatro patas*, una revista sobre animales que aparecía semanalmente a pesar de que no había mucha gente que lo supiera. Max redactaba la columna «Esa mirada fiel», cuyo protagonista no era ni más ni menos que Kurt. Llegado este punto, tenemos que volver la vista atrás porque «Esa mirada fiel» tiene un trasfondo bastante trágico.

Haría unos dos años que los medios de comunicación del país habían encontrado la veta de lo que verdaderamente apasionaba a lectores y espectadores: las historias de perros. Nada de política; eso no era más que un

cementerio lleno de tópicos cultivado por los que carecen de ideas, la antesala de los mandatarios aduladores que buscan la aprobación del electorado rodeados de reporteros chismosos envueltos en sudor. A la gente le interesaba lo que realmente pasaba en el mundo: gran colisión en el circuito de Fórmula 1 de Nürburgring; escándalo sexual en el Vaticano; el 80% de los pastores griegos es adicto a las aceitunas; la modelo Verona Feldbusch se compra un diccionario. Eso son noticias, eso son temas, eso son titulares.

Y lo que es más importante: los lectores quieren disfrutar. Hay que entretenerlos. Mucho y bien. Pero, por favor, sin que aparezcan niños llorando, que eso ya lo tienen en casa (y el que no lo tiene es porque no lo quiere). Así empezó la edad dorada de las historias de perros. La inició un periodista con una columna semanal dedicada a Rüdiger, su caniche enano blanco rosado. A ella se engancharon miles de lectores. Las aceras y los paseos se llenaron en cuatro días de caniches enanos de color rosado con el nombre de Rüdiger. De repente, una raza que había estado a punto de extinguirse a causa de una fealdad crónica, se lo hacía en todas las farolas de la ciudad ante la entusiasta mirada de los peatones y se encargaba de abonar cientos de hectáreas de zona verde.

Los jefes de redacción, que no duermen, reaccionaron enseguida. Cualquier gacetilla que se preciara había de tener una columna sobre perros situada en alguna de las páginas centrales; casi siempre las localizaban junto al editorial de tema político para darle a este último un mayor atractivo. Cada columna tenía su sello. Había perros grandes y pequeños; amos de edad avanzada y amitas jovencitas; en unas describía el dueño al perro, en otras el

perro al dueño (aunque era el amo el que le hacía el trabajo al animal porque un perro lo más que sabe hacer con un ordenador es darle lametones). A veces era la propietaria del perro la que se ponía en la piel del animal. O un perro analizaba el comportamiento sexual de su ama. Y entonces ambos ponían verde al género masculino. Las combinaciones eran infinitas.

Ése fue el momento en el que Max, con 32 años y sin ninguna carrera terminada, que entonces trabajaba como reportero especializado en informes policiales en el *Horizonte*, un diario de tendencia conservadora liberal, supo reconocer la oportunidad y aprovecharla. La verdad es que no le gustaban los perros. Pero se compró a Kurt. Porque vio que había un hueco en el mercado: en esa jauría de autores, fueran machos o hembras, faltaba un animal con dotes artísticas, un cuerpo capaz de ejecutar las acrobacias que arrancarían las lágrimas de millones de lectores. Ése era Kurt.

Max lo descubrió en una rueda de prensa de la Brigada de Estupefacientes en la que la policía presentaba sus nuevas armas en la lucha contra los narcotraficantes del sur de Colombia. Llevaron a Kurt para mostrarles a los representantes de los medios qué aspecto tiene un perro entrenado para detectar cocaína. Kurt cruzó las patas delanteras y las traseras al mismo tiempo que doblaba el cuerpo adoptando sobre el suelo la posición de una hamaca extendida. El movimiento se completó con giros de cabeza en círculos concéntricos, como si estuviera entrenando la musculatura de las cervicales. El perro tenía los ojos cerrados y la boca abierta al máximo; de ella sobresalía, colgando, una lengua en forma de S.

—Está dormido —afirmó rotundamente, como si fuera un cirujano, el funcionario responsable; una trágica muestra más de las devastadoras consecuencias que puede acarrear la cocaína.

Entonces Kurt se despertó girándose en una pirueta, la mitad de su cara arrugada se transformó en unos enormes ojos abiertos en cuyo interior bailaban dos inmensos cristales color café, millares de pelos duros de braco alemán se desplegaron avanzando en todas direcciones y Max supo que quería que ese animal fuera suyo para poder escribir sobre él.

Como, de todas maneras, Kurt no era más que un modelo y, por su avanzada edad (doce años), había quedado caduco y, además, en realidad no tenía nada que ver con la lucha antidroga, tras unas semanas de mendicidad, y por miedo a ganarse mala prensa, la dirección policial se mostró de acuerdo en que se cediera la custodia del perro a aquel periodista tan pesado.

Durante las semanas siguientes, Max se pasó las noches en vela, abriendo latas de estofado de pulmón y lanzando la pelotita para alejar de su cama a aquel cuerpo extraño y ruidoso que parecía estar entrenando para competir en decatlón en los Juegos Olímpicos Caninos. Pero su columna «Babeando al viento» lo convirtió tras sólo tres ediciones en la gran estrella del *Horizonte*. Y a Kurt en el perro más famoso de la ciudad; por delante incluso de Ferstl, el bull terrier del nuevo presidente federal.

Primera columna: «De cómo Kurt silbó entre tres dientes exigiendo su ración de estofado de pulmón». Segunda columna (con la que se inicia la temporada de pelota): «De cómo baila Kurt el vals a tres patas». Tercera

columna: «De cómo Kurt se enamora de la setter irlandesa Alma e intenta impresionarla ejecutando saltos hacia atrás».

Después sucedió algo terrible. Kurt acababa de realizar un triple salto mortal en el parque y se quedó inmóvil tirado en el suelo. Max al principio pensó que se trataba de un nuevo truco. Pero después de una hora le quedó claro que algo no andaba bien. En realidad, nada andaba bien. No andaba. Estaba muerto. Torsión gástrica. Al realizar el salto se le había dado la vuelta el estómago. El veterinario le juró que no había sufrido. Pero Max no pudo evitar llorar. Kurt le había dado un giro a su vida.

—Kurt está muerto —le confesó Max al día siguiente al redactor jefe.

—No —replicó el jefe.

—Sí —Max lo sabía bien—. Ha sufrido una torsión de estómago. Se acabó la columna.

—No —volvió a decir el jefe—. Habrá sufrido una torsión de estómago pero la columna continúa. Porque es lo que quieren los lectores. Agénciese otro perro. Uno igual. Lo pagamos nosotros.

—Kurt sólo había uno. Es insustituible —confesó Max apocado. Y le molestó no poder ocultar su emoción y tener que luchar contra el llanto.

—Escúcheme, joven —le dijo el jefe muy tranquilo mientras le posaba la mano sobre el hombro—. Nadie es insustituible. Ni un perro, ni un columnista. O sea, que búsquese otro Kurt. —Y retiró la mano del hombro de Max dando la conversación por terminada—. Por cierto, yo soy uno de los numerosos fans de la columna —añadió a continuación.

Max estuvo a punto de despedirse. Se pasó tres días dándole vueltas. Al cuarto se dio cuenta de que no podía renunciar a las diez cartas, las veinte llamadas telefónicas y los treinta correos electrónicos que recibía cada día de sus fans. Además, la cama estaba demasiado desierta para poder dormir como ya había tomado por costumbre. Estaba durmiendo mal y tenía sueños deprimentes. Al quinto día salió a buscar a Kurt II. Al sexto lo encontró. La noche del sexto día volvió a escribir para el *Horizonte* «Babeando al viento». Sería la cuarta entrega.

La asociación de cinólogos le había facilitado el contacto con la Sociedad de Amigos del Braco Alemán de Pelo Duro. Allí hasta los seres humanos tenían un aire a Kurt I. Aunque los perros, por supuesto, se le parecían mucho más: cualquiera de ellos podría haber sido Kurt. En aquel momento había cinco ejemplares en busca de dueño. Dos de ellos dormían profundamente, uno estaba medio adormilado y el otro bostezaba. El quinto —que en un primer momento también parecía estar durmiendo, lo cual llevó a Max a pensar que tras la Sociedad de Amigos del Braco Alemán de Pelo Duro se escondía la Secta del Valium—, ese otro abandonó la horizontal para incorporarse, en el ascenso se mordió el rabo y acabó manteniéndose a cuatro patas y completamente despierto. El fenómeno pareció sorprender incluso al propio perro, que no se recompuso hasta pasados unos minutos.

—Ése es Mythos —dijo el criador—, lo trajeron de Creta.

—No, ése es Kurt y se viene conmigo —replicó Max triunfante.

Esta historia nos desvela ahora una segunda tragedia. A Kurt II, alias Mythos, que a partir de ahora será nuestro Kurt, aquel día le picó una abeja. Ese vertiginoso salto fue su primera, última y única proeza: sólo esa vez se apreció en él un signo de vida. A partir de ese momento se movería tanto como cualquier nativo de Creta a las dos del mediodía en pleno julio: nada.

La cuarta entrega de «Babeando al viento» devolvió al viejo Kurt a la vida: «De cómo Kurt ascendió a los Cielos y regresó a la Tierra convertido en cometa». Para Max era una necrológica bañada en nostalgia; para los lectores, la cuarta parte de una serie cómica brillante que trataba sobre un perro atleta. La quinta se llamó «De cómo llega un día en el que hasta Kurt se tranquiliza» y no hay que tenérsela en cuenta; todo columnista tiene algo de lo que avergonzarse. Publicada la sexta entrega («De cómo Kurt sueña, con los ojos cerrados, que practica *bungee dumping*»), el jefe lo llamó por primera vez a su despacho. Después de la séptima («Y Kurt se movió») el jefe lo llamó por última vez a su despacho. Le explicó que el periodismo tiene algo que ver con la vida y que «Babeando al viento, séptima parte» era la última que aparecería en el *Horizonte*. Aprovechó para elogiar a Max por su excelente trabajo como reportero de la policía.

Max se marchó ese mismo día y se quedó una temporada en casa. Entretanto, Kurt ya había conquistado sin mayor esfuerzo su terreno debajo del sillón. No hablaban mucho. Si Max quería salir de paseo, Kurt lo acompañaba y punto. Cada día que pasaba llegaban tres e-mails menos de sus fans. Después de dos semanas ya no le escribía nadie. Pero llegó la tercera y ocurrió algo sorpren-

dente teniendo en cuenta el momento. Max recibió una oferta de *Vivir a cuatro patas*, probablemente la revista de animales más desconocida del mundo. Estaban buscando un columnista para «Esa mirada fiel» y habían pensado en Max y Kurt. La idea era que el amo continuara describiendo a ese perro tan divertido. Le abonarían unos pequeños honorarios. Max se sintió conmovido y aceptó de inmediato.

Esto había sucedido hacía año y medio. Desde entonces describía semanalmente las movidas de un braco alemán de pelo duro que permanecía inerte. Por si acaso, nunca se había preguntado por qué ni para quién escribía en realidad. Probablemente, lo leyera San Francisco de Asís.

La niebla no se disipó hasta el lunes por la tarde. Max acababa de terminar «Esa mirada fiel». En esta ocasión se centraba en un paseo con Kurt bajo una fina llovizna y era, con mucho, el texto más emocionante de las últimas semanas porque en él Kurt esquivaba un charco.

Antes de abandonar el despacho echó un vistazo a su correo electrónico. En la bandeja de entrada había cinco mensajes nuevos de gente interesada en su oferta navideña para acoger a Kurt. Cuatro preguntaban por qué Kurt se llamaba Kurt y si le había puesto el nombre por el protagonista de «Babeando al viento» y si éste también estaba tan flipado como el legendario Kurt del diario *Horizonte*. El quinto mensaje decía: «No me gustan los perros pero creo que me gustaría quedármelo. Sólo hace falta que me deje más o menos tranquila. Pero quiero verlo antes de decidir. Un saludo. Katrin». A este e-mail respondió Max

inmediatamente porque le dio la impresión de que iban a conectar. Escribió: «Puede ver al perro cuando quiera. Sólo tiene que decirme dónde y cuándo. Podemos acercarnos a cualquier sitio. Kurt está deseando conocerla. Un saludo. Max». Lo de «Kurt está deseando conocerla» fue una mentira piadosa.